

## VIOLENCIA EN LA TELEVISIÓN NORTEAMERICANA

Ellen Wartella

Durante el año pasado los norteamericanos se han visto conmovidos por asesinatos cometidos por adolescentes en los colegios, en perjuicio de niños y profesores, de pequeños poblados de Arkansas, Mississippi, Pennsylvania y Oregon. Esta ola de violencia sólo subraya los casi constantes antecedentes de violencia en la vida de los norteamericanos. Pero esta ola también ha revivido el análisis de las causas de violencia en la sociedad norteamericana. ¿Qué puede generar esta violencia? La mayoría de nosotros acepta la noción de que la conducta violenta es un problema complejo, multivariable, compuesto de muchas influencias. Racismo, pobreza, abuso de drogas, abuso infantil, alcoholismo, analfabetismo, bandas, armas, enfermedad mental, el declive de la cohesión familiar, la ausencia de elementos disuasivos, el fracaso de modelos positivos ... todo interactúa para afectar la conducta antisocial. Como señala Rowell Huesmann, la agresión es un síndrome, un patrón de comportamiento que puede prevalecer desde la infancia hasta la adultez.

Claramente un número de factores contribuye a la violencia en la sociedad norteamericana, pero ignorar la violencia televisiva sería una grave superficialidad. La violencia se presenta en la pantalla de televisión a través de muchos tipos de programas, desde videos musicales y espectáculos de entretenimiento hasta programas de actualidad y los informativos nocturnos. Cuando el niño norteamericano promedio se gradúa de la escuela elemental, él o ella ha visto más de ocho mil asesinatos, y más de cien mil otros actos diversos de violencia (Huston et al., 1992). Aunque ver la violencia en los medios puede no ser la única contribución a la conducta violenta, ni tiene el mismo efecto en todos los que la observan, más de cuarenta años de investigación indican que sí existe relación entre la exposición a la violencia de los medios y conductas agresivas.

Cabe considerar que Estados Unidos es un país de muy alto consumo televisivo: 90 por ciento de los 95 millones de los hogares norteamericanos tiene receptores de televisión y casi las tres cuartas partes tienen más de uno; dos tercios tienen cable y cuatro quintos tienen VCRs. El receptor de televisión está encendido más de siete horas diarias en el hogar norteamericano promedio (Broadcasting and Cable Yearbook, 1996).

Lo más importante es que la televisión que los norteamericanos ven -y cada vez más la programación televisiva vehiculada alrededor del mundo vía los conglomerados norteamericanos y otras multinacionales de televisión como Rupert Murdoch's Sky Television- es una programación muy violenta. Entre 1994 y este año, he estado comprometida en el más amplio estudio sobre representaciones de violencia en la televisión norteamericana, el National Television Violence Study que se realizó como consecuencia de la preocupación pública y política acerca de la relación entre violencia televisiva y violencia en el mundo real.

En 1993 el Senador Paul Simon manifestó su preocupación por la pasividad de las cadenas y empresas de cable después de la legislación federal anterior que exceptuaba a las redes de radiodifusión de las regulaciones antitrust, para permitirles acuerdos de autoregulación en materia de violencia televisiva. Simon propuso enérgicamente que las cadenas y las empresas de cable designaran grupo independientes para monitorear la violencia en la televisión por tres años. El incumplimiento de esto -dijo Simon- llevaría al Congreso establecer audiencias y legislación tendientes a reducir la violencia televisiva. Las cadenas designaron un monitor y las empresas de cable, a través de la National Cable Television Association otro, la National Television Violence Study (o NTVS). A cada una se le pidió que monitoreara la programación televisiva por tres años y cada una de ellas esperaba evitar la regulación posterior. Sin embargo, la U.S National Telecommunications Act de 1996 sí elaboró una regulación posterior en la forma del V-chip, un dispositivo de bloqueo para los aparatos de televisión, y un sistema de rating para toda la programación televisiva, que permitía a los televidentes eliminar de sus pantallas los contenidos no deseados, presumiblemente violentos.

La NTVS ha informado sobre cómo se ha presentado la violencia en la televisión por cable y en las cadenas de televisión en cada una de las tres temporadas y brindó recomendaciones a los políticos, a los industriales y a los padres de familia. Nuestro primer reporte, en febrero de 1996, informó sobre la programación televisiva de la temporada de 1994-95, el de marzo de 1997 se refería a la programación de 1995-1996 y el tercer informe, de abril de 1998 cubrió la televisión de 1996-1997.

El análisis del contenido de la televisión fue sobre una semana de muestra (elegida de más de dos docenas de semanas de octubre a junio) de la programación de 6 a.m. a 11 p.m. en 23 canales; entre estos canales se incluía a las principales cadenas de radiodifusión, tres estaciones independientes, la radiodifusión pública, doce de los más populares cadenas de

cable básicas, y los tres principales (premium) canales de cable: HBO, Cinemax y Showtime. En total examinamos más de 9,000 programas y sus representaciones de violencia, a lo largo de tres años de estudio.

En nuestro estudio encontramos muy poca variación de un año a otro. La mayor parte de los shows televisivos norteamericanos tienen por lo menos un acto de violencia en ellos; por lo general la violencia es presentada en contextos de cordura; pocas veces es castigada en el contexto inmediato en que ocurre; y rara vez resulta en daño evidente para las víctimas. Por ejemplo, en todos estos tres años encontramos que los perpetradores de la violencia no son castigados en más del 70 por ciento de las escenas de violencia aunque puedan ser castigados al final del programa. Más aún, las consecuencias negativas de la violencia -daño a las víctimas, sus familias, así como el psicológico, no son presentados, sino a través del daño físico real a los perpetradores de la violencia. Por ejemplo, casi la mitad de todas las interacciones violentas no muestran daño a las víctimas y más de la mitad no muestran sufrimiento. Y muy infrecuentemente, en menos de una quinta parte de los programas violentos; se presentan las repercusiones de la violencia a largo plazo, tales como daño psicológico, financiero o emocional. Aparecen armas en casi una cuarta parte de los programas violentos, y muy pocos programas (estimamos que 4% al año) tienen temas anti-violentos. En el lado positivo, con excepción de las películas para televisión, la violencia televisiva no es explícita o gráfica. Y hay diferencias entre los canales (siendo los canales de televisión pública norteamericanos los menos violentos y los canales principales de cable (premium) los que más programas violentos transmiten). En resumen, NTVS ha comprobado a lo largo del estudio que es bastante consistente la presentación de violencia en la televisión norteamericana. La televisión norteamericana es efectivamente un medio violento.

En los pasados cuarenta años más de 3,500 estudios de investigación sobre los efectos de la violencia televisiva en los espectadores han sido realizados en los Estados Unidos, y durante los 90' han circulado muchas revistas conteniendo esta literatura, incluyendo el informe de 1991 del Centers for Disease Control, que declaró a la violencia televisiva como enfermedad de riesgo público; el estudio de 1993 sobre violencia en la vida norteamericana de la National Academy of Science, que incluía a los medios junto con otros factores sociales y psicológicos como cooperantes a la violencia; y el estudio de la American Psychological Association de 1992, que también incluía la violencia de los medios. Estos tres informes sustentaban la conclusión de que los medios masivos contribuyen a conductas y actitudes agresivas así como propician la desensibilización y el miedo. Ningún estudio afirma que ver violencia a través de los medios sea el único ni siquiera el más importante coadyuvante de comportamientos violentos. Además, no es cada uno de los actos de violencia en los medios lo que despierta preocupación, ni cada niño o adulto que es afectado, aunque hay clara evidencia de que la exposición a la violencia en los medios contribuye de manera significativa a la violencia en el mundo real. Los tres principales efectos de ver violencia a través de los medios, con especial preocupación por los niños televidentes son: el efecto del aprendizaje social, el efecto de desensibilización y el efecto del miedo.

El informe de 1993 de la American Psychological Association concluyó que: «no cabe ninguna duda que quienes son espectadores intensivos de esta violencia demuestran una mayor aceptación de actitudes agresivas y mayores conductas agresivas» (American Psychological Association, 1993). Esta conclusión se basa en el examen de cientos de estudios experimentales y longitudinales que apoyan esta posición. Por otra parte, estudios de campo y estudios a nivel nacional indican que el ver las agresiones por televisión aumenta la subsecuente agresividad y que tal conducta puede convertirse en parte de un patrón de comportamiento duradero.

Tres modelos teóricos básicos se han propuesto para describir el proceso por el cual ocurre este aprendizaje e imitación de la violencia televisiva: la teoría social del aprendizaje, la primera teoría de los efectos y el modelo del desarrollo social del aprendizaje.

La teoría social del aprendizaje, propuesta inicialmente por Albert Bandura en los años 1960s es tal vez la más conocida explicación teórica sobre los efectos de la violencia. Bandura señala que al observar modelos televisivos los espectadores aprenden qué comportamientos son apropiados; es decir, qué comportamientos van a ser recompensados y cuáles van a ser castigados. De esta forma, los espectadores están atentos a las recompensas y por eso quieren imitar esos modelos. Cuando tanto a niños como a adultos, se les presentan modelos agresivos que son castigados o premiados por sus conductas agresivas, los modelos que son reforzados positivamente inducen a la imitación por parte de los espectadores. Incluso la investigación de campo ha demostrado que la agresividad se aprende a edad temprana y se hace más difícil de cambiar a medida que el niño crece. En un estudio longitudinal para examinar a largo plazo los efectos de la violencia televisiva en conductas agresivas y criminales, Huesmann, Eron, Lefkowitz & Walder (1984) estudiaron a un grupo de jóvenes por un periodo de 22 años, a las edades de 8, 18 y 30 años. Para los hombres (y en menor medida, aunque a pesar de todo en magnitud significativa también en las mujeres) el ver violencia en la televisión a edad temprana se correlaciona con agresividad a la edad de 30, y agrega significativamente la predicción de serios arrestos criminales acumulados hasta los 30. Estas investi-

gaciones encuentran una relación longitudinal entre la habitual exposición infantil a la violencia televisiva y el crimen adulto y sugieren que aproximadamente el 10% de la variabilidad en conductas criminales posteriores se pueden atribuir a la violencia televisiva.

La teoría de los efectos inmediatos, contribuye a la más tradicional explicación de la teoría social del aprendizaje, respecto a los efectos de la violencia televisiva. En el trabajo de Leonard Berkowitz y sus colegas, esta explicación teórica afirma que los efectos de los medios son inmediatos, transitorios y breves (Berkowitz, 1984). Berkowitz sugiere que cuando la gente ve la violencia a través de la televisión, se activan otros pensamientos semánticamente relacionados que pueden ejercer influencia en cómo responde la persona a la violencia televisiva: espectadores que se identifican con los actores de la televisión pueden imaginarse a sí mismos como los personajes que desarrollan las acciones agresivas del personaje de la televisión, y la evidencia obtenida a través de la investigación sugiere que la exposición a la agresión de los medios de hecho remueve otros pensamientos agresivos, evaluaciones e incluso conductas tales, que los espectadores de violencia reportan una mayor disposición a usar la violencia en situaciones interpersonales.

Sólo la formulación teórica de Rowell Huesmann (1986), del modelo de desarrollo social de los efectos de la violencia, ofrece una verdadera explicación teórica recíproca de cómo el interés de los espectadores en la violencia medial, la atención a ese tipo de violencia y las características individuales de los espectadores pueden interactuar en una teoría de los efectos de la violencia medial. Aplicando conceptos de la teoría social de la cognición, él desarrolla un complejo mapa cognitivo o modelo del guión. Sostiene que el comportamiento social está controlado por «programas» de comportamiento que son establecidos durante la infancia. Estos «programas» o «guiones» están archivados en la memoria y son usados como guía, de la conducta social y para resolver problemas Huesmann y Miller (1994; sostienen que «un guión sugiere qué eventos van suceder en el ambiente, cómo debe comportarse el sujeto en respuesta a estos eventos y cuáles serán los resultados de este comportamiento.» La violencia de la televisión es «encodificada» en el mapa cognitivo de los espectadores, y la subsecuente visión de violencia televisiva ayuda a mantener estos pensamientos agresivos, ideas y comportamientos. A través del tiempo la continua atención a la violencia televisiva puede, de este modo, influenciar las actitudes de las personas hacia la violencia y el mantenimiento y elaboración de guiones agresivos.

Esta teoría sugiere que, si bien ver violencia puede no derivar en conductas agresivas, ciertamente tiene un impacto en la formación de los guiones cognitivos para mapear cómo comportarse en respuesta a un evento violento y cuál será probablemente el resultado. Las representaciones televisivas, entonces, están entre las fuentes mediales y las fuentes personales que proveen el texto para el guión, que se mantiene y se expande por la exposición continua a guiones de violencia.

Huesmann ha demostrado que hay factores clave que son particularmente importantes para mantener la relación ver televisión agresividad, en los niños: el nivel intelectual del niño, la popularidad social, la identificación con los personajes de la televisión, la creencia en el realismo de la violencia televisiva y la cantidad de fantasía sobre la agresividad. Según Huesmann una dieta pesada de violencia televisiva pone en movimiento una secuencia de procesos, basados en estos factores personales e interpersonales, que da como resultado que muchos espectadores no sólo se vuelvan más agresivos sino que desarrollen mayor interés por ver violencia a través de la televisión.

Otros dos efectos de ver violencia a través de la televisión, que han sido identificados en la literatura investigativa son la desensibilización y el miedo. Estos efectos pueden influenciar tanto a aquellos espectadores que no se comportan violentamente como a los que tienen actitudes positivas hacia el uso de la violencia.

La investigación ha demostrado que la prolongada exposición a la violencia televisiva puede conducir a una desensibilización emocional frente a la violencia del mundo real y a las víctimas de la violencia, lo que a su vez puede conducir a actitudes duras hacia la violencia dirigida a otros y una decreciente disposición para tomar acción en beneficio de la víctima cuando ocurre un hecho violento (Donnerstein, Slaby & Eron, 1994). A lo largo del tiempo, aun aquellos espectadores que inicialmente reaccionan con horror ante la violencia medial, pueden habituarse a ella o acomodarse psicológicamente, al punto que juzgan menos severamente los actos de violencia y pueden evaluarlos más favorablemente. Con el tiempo la desensibilización puede afectar a todos los espectadores. Un tercer efecto de espectar violencia a través de la televisión ha sido estudiado extensamente por George Gerbner y sus colegas (Gerbner, Gross, Signiorelli y Morgan, 1986). Ellos demuestran que los espectadores pesados de violencia televisiva se vuelven desconfiados de mundo, temerosos de ser víctimas de la violencia, y con el tiempo desarrollar conductas autoprotectivas y muestran mayor desconfianza respecto a los otros. A punto que los espectadores equiparan el mundo ficcional de la televisión -con sus sobre-representaciones de la violencia- con el mundo real en que viven. Así estos espectadores pesados tienden a ver su mundo como un lugar temible y de alta criminalidad. Es probable que tanto los programas de ficción como los realistas (incluyendo los noticieros satura-

dos de crímenes) contribuyan a este efecto de temor entre los espectadores.

La investigación de contenido en los Estados Unidos en los últimos cuarenta años ha sido revisada y el público norteamericano y los políticos la encuentran persuasiva. Fueron reseñas y conclusiones tales como las presentadas aquí las que animaron al Senador Simon y al Congreso de los Estados Unidos a considerar iniciativas políticas contra la violencia televisiva en los últimos cuatro años. La preocupación se dirige preferentemente a los niños como audiencia y así el dispositivo de bloqueo V-chip se considera un remedio razonable para que los padres puedan proteger a sus hijos de la programación televisiva con contenidos violentos. No está totalmente claro si es poca o mucha la magnitud en que la violencia televisiva, en comparación con otras causas de violencia norteamericana, determinan la violencia en la sociedad. Sin embargo, en lo que se refiere a los niños y la violencia televisiva, la pregunta que subsiste no es si la violencia medial tiene un efecto sino cuán importante es ese efecto en comparación con otros factores, en el desencadenamiento del nivel de criminalidad en los Estados Unidos y otras naciones industrializadas. Los niños y la violencia de la televisión es un asunto público que no se puede dejar de lado y que vincula a todos los que están comprometidos con el bienestar de los niños.

(Traducido del inglés por Ana María Cano C.)

## REFERENCIAS

American Psychological Association (1993). *Violence and youth: Psychology's response*. Volume 1: Summary Report of the American Psychological Association Commission on Violence and Youth. Washington, D.C.: American Psychological Association.

Berkowitz, Leonard (1984). Some effects of thoughts on anti-and prosocial influences of media events: A cognitive neoassociationistic analysis. *Psychological Bulletin*, 95 (3), 410-127.

Boyatzis, Chris, Gina Matillo, Kristen Nesbitt & Gina Cathey, (1995-March) Effects of «The Mighty Morphin Power Rangers» on children's aggression and pro-social behavior.» Presentado en la Society for Research in Child Development, Indianapolis, IN. *Broadcasting and Cable Yearbook*. (1996). New Providence, NJ: R.R. Bowker.

Center for Communication & Social Policy, University of California, Santa Barbara (1997). *National Television Violence Study 2*. Thousand Oaks, CA: Sage.

Donnerstein, Ed; Ron Slaby & Leonard Eron (1994). The mass media and youth violence. In J. Murray, E. Rubinstein & G. Comstock (Eds.) *Violence and Youth Psychology Response* (Vol. 2, pp. 219-250). Washington, DC: American Psychological Association.

Gerbner, G.; Gross, L., Morgan, M. & Signorelli, N. (1980). Living with television: The dynamics of the cultivation process. In J. Bryant & D. Zillmann (Eds.), *Media effects*, pp. 1741. Hillsdale, NJ: Lawrence Erlbaum.

Huesmann, L. Rowell (1986). Psychological processes promoting the relation between exposure to media violence and aggressive behavior by the viewer. *Journal of Social Issues*, 42 (3), 125-140.

Huesmann, L. Rowell & Laurie Miller (1994). Long-term effects of repeated exposure to media violence in childhood. pp. 153-186 in *Aggressive Behavior*. New York: Plenum.

Huesmann, L. Rowell, Eron, L.D., Lefkowitz, M.M. & Walder, L. O., (1984). The stability of aggression over time and generations. *Development Psychology*, 20 (6) 1120-1134.

Huston, Aletha; Edward Donnerstein, Halford Fairchild, Norma Feshbach, Phyllis Katz, John Murray, Eli Rubinstein, Brian Wilcox & Diana Zuckermann (1992). *Big World, Small Screen: The role of television in American Society*. Lincoln: University of Nebraska Press.

Federal Bureau of Investigation, 1996. *Uniform Crime Reports for the United States, 1995*. Washington, DC: U.S. Government Printing Office.

Wartella, Ellen (1995). Media and problem behaviors in young people. In Rutter, M. and Smith, D, (Eds.), *Psychological Disorders in Young People: Time Trends & Their Origins*. Chichester, England: Wiley. pp. 296-323.

Whitney, Charles; Ellen Wartella, Dominic Lasorsa, Wayne Danielson, Adriana Olivares, Rafael López, Marlies Klijn (1996). Part II:

Television violence in «reality» programming: University of Texas, Austin, study. pp. 269-360 in *National Television Violence Study*, Volume 1. Thousand Oaks, CA: Sage.

Wilson, Barbara; Dale Kunkel, Dan Linz, James Potter, Ed Donnerstein, Stacy Smith, Eva Blumenthal, Timothy Gray (1996). Part 1: Violence in television programming overall: University of California, Santa Barbara study. pp. 1-268 in *National Television Violence Study*, volume 1, Thousand Oaks, CA: Sage.